

La Lupe cantaba

Con el Diablo en el cuerpo
Y un Ángel en la voz

Guillermo Cabrera Infante

La Lupe no fue una cantante, La Lupe es una leyenda. Comenzó en La Habana de finales de los cincuenta, cuando por un momento que duró más de un momento convivieron la construcción y la destrucción. La Lupe era, musicalmente, la destrucción y la construcción al mismo tiempo.

No la vi llegar, la vio Rafael Casalins, columnista de espectáculos de *El País* de La Habana. "Debes ir a *La Red*", me dijo. "Hay algo allí". *La Red* era un nuevo cabaret. Menos que eso, una *boite* y en La Habana de entonces, una caja de música. Estaba decorada sólo con redes que envolvían y atrapaban al cliente mientras anunciaban una pesca promisoriosa. Había un escenario minúsculo, con un piano y una batería. De pronto, desprendida de un ala, salía una mulata que daba la impresión de ser a la vez fornida y delicada (según se mirara a las grandes tetas o a los gráciles brazos) cantando, bailando, interpretando (ese es el verbo adecuado) "Con el diablo en el cuerpo", un calipsoide de Adolfo Guzmán, compositor de finas fruslerías. Pero se convertía de pronto en un temblor demente, en una incursión trepidante, en un verdadero ataque. La cantante misma parecía poseída por el demonio del ritmo y su miedo escénico se convertía en una forma de terror:

Hoy tengo el diablo en el cuerpo
y me abraza la fiebre de tu ardor.
Este delirio por ti me consume.
¡Hoy tengo el diablo!

La mujer ahora se golpeaba, se arañaba y finalmente se mordía: las manos, los brazos. No contenta con este exorcismo musical, se arrojaba contra la pared del fondo, dándole trompadas con los puños y con uno o dos cabezazos se soltaba, literal y metafóricamente, el moño negro. Después de aporrear el decorado, atacaba al piano y agredía al pianista con una furia nueva. Todo ello, es milagroso sin dejar de cantar ni perder el ritmo de cálido calipso que ella convertía en una zona tórrida musical.

"Se llama La Lupe", me dijo Casalins casi confidencialmente. "Te puede interesar". Claro que me podía, que me interesó, que me interesaba todavía en 1975 cuando pude escribir así de *La Lupe* en *O* que también se llama *Cero*:

La Lupe rescatada en el último ensayo

Lo sorprendente de "Notas Sobre el *camp*" es que en una lista particularmente larga y arbitraria, Sontag enumera notorios fenómenos *camp* de nuestra época. Allí, entre las mencionadas lámparas Tiffany's, los grabados de Aubrey Beardsley, *El lago de los cisnes*, *King Kong* y las óperas de Bellini, aparecía nada más y nada menos que "la popular cantante cubana La Lupe".

La Lupe es una cantante de boleros descubierta por el escritor René Jordán en los inolvidables aires libres de La Habana de 1959. Ella cantaba antes en un cuarteto indiferente y comenzó a cantar sola en un nuevo *night club* llamado La Red. A pesar del decorado submarino más que marino, La Lupe hizo una carrera real y metafóricamente vertiginosa, y a finales de 1959 era la primera cantante de Cuba, frente a una competencia que solamente los testigos presenciales pueden decir lo dura que fue. Dos o tres veces cada noche, La Lupe no cantaba ni actuaba, sino que daba una demostración demasiado frecuente de sadismo, masoquismo y sentido del ritmo que mantenía a los espectadores —la mayoría viéndola de pie, el local de "bote en bote en un final", como lo describía la propia cantante— presa de una fascinación casi malsana. Recuerdo que la fui a ver una noche y no me sorprendió su estilo (ya la conocía desde 1958, entonces cantando con su cuarteto de El Rocco) como la indivisa atención del público. Escribí o creo que escribí entonces que más que un acontecimiento artístico, La Lupe era un fenómeno fenomenológico. Pero, en fin, aquello fue otra ciudad y hoy La Lupe está muerta para muchos cubanos porque está exiliada en USA y tiene éxito. Es bueno que la cauta Susana Sontag la haya recobrado, en el último ensayo del libro, para la cultura. (Aunque sea *camp*.) Y para el siglo.

Ahora que La Lupe está de veras muerta se puede imprimir la leyenda que la declaraba, según Susan Sontag, un fenómeno *camp* y una *punk avant la lettre et la melodie*, la precursora de Areta Franklyn (que no me lo parece) y de Janis Joplin (que es indudable), que tuvo que irse de Cuba por una actuación desmesurada (al comenzar una *strip-tease* por los zapatos) que completara su desnudo en la televisión de Puerto Rico (que parece ser cierto), que la había destruido la brujería (que es verdad a medias: ella se entregó a la sante-ría con una devoción malsana y no era raro verla por las calles de Nueva York vestida toda de blanco desde los zapatos al turbador turbante), que se salvó por ser nueva cristiana (que es verdad: fue "nacida de nuevo" hasta su muerte), que tuvo malos encuentros con malevos (que es verdad), que se casó, que tuvo hijos (que es cierto), que terminó en la indigencia como *bag lady* (que no es verdad: por ponerles tantas velas a los santos incendió su casa y no tenía donde vivir), que había escapado de la muerte por un ataque al corazón (que es verdad primero pero su corazón la mató finalmente), que murió, como un poeta moderno, en un taxi (que no es verdad: murió en un hospital de Manhattan), que vivirá siempre (no en la religión sino en la música: en el oído que la oiga siempre), que es verdad.

¿Qué queda de La Lupe? Quedan los discos. Queda la coda de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (título en que cabe toda la vida de La Lupe) en que Pedro Almodóvar,

astuto y sentimental, nos deja con los nombres numerosos y la sola voz de La Lupe que canta "Puro Teatro", ese bolero de Curet Alonso que nadie ha cantado como ella, que nadie cantará así, en ese tono entre dolorosos y dulzón:

Igual que en un escenario
finges tu dolor barato.

Lo irónico es que en la película o en el disco el dolor de La Lupe no es barato: la antigua sadista de *La Red* es ahora toda una congoja de dolida masoquista y en una típica salida la cantante que siempre interpolaba comentarios diversos y adversos dice: "Y acuérdate", lamenta ella, "que según tu punto de vista yo soy la mala" y la interpolación termina con un conmovedor acento en la frase "la mala".

En "Fiebre" (la primera versión que es la genuina) la carcajada de mujer mecánica de feria, entre divertida y diabólica, es tal vez una respuesta a una broma que la historia le gastó a la cantante. Cuando ya estaba en franca disensión y futuro exilio el número tuvo un éxito inesperado, de entre todos los lugares del mundo, en Praga. Sucedió que los checos de la noche al oír a La Lupe decir "Fever" en su inglés criollo oían otra fiebre, creían que ella cantaba ¡a Fidel Castro! En las noches de Praga los fanáticos, de la música o de la política, pedían "Fidel" a la victrola o al tocadiscos, siempre a La Lupe. Cuando lo supo la cantante rió su carcajada mecánica —y se fue al exilio.

Permiso para un salto. La interpretación que hace La Lupe de "La guantanamera" (no la versión martiana de Julián Orbón popularizada por Pete Seeger, sino los versos negros de Abelardo Barroso) es la mejor de todas las que he oído, acercando la guajira a un son sabroso al tiempo que comienza con una invocación que resuena dolorosa cuando ella dice: "A Cuba (o tal vez ¡Ah Cuba!)", qué dolor, qué pena. ¡Tanto que te quise, chica, y nunca fuiste buena!". Se sabe, claro, que no es una versión de la isla a la que invoca sino a su perversión. Pero para la cuarta cuarteta La Lupe suelta, como en las noches de *La Red*, su moño negro en la grabación y el estribillo es un súbito montuno que es un canto y el encanto de una fiesta: "¡Ay na ma! ¡Ay na ma! ¡Ay na ma!".

En *La Red* estábamos entonces Miriam Gómez, Rafael Casalins, René Jordán y yo atrapados en la red del duro estilo nuevo de La Lupe. Dice René que le dije entonces que esta exhibición era una ruptura del bolero doloroso de la gran Guillot (La Lupe, en efecto, había comenzado ganando un concurso de imitadoras de "Olga de Cuba") y el suyo era un arte más esquizoide que exquisito. No recuerdo esa frase. Sólo recuerdo que Casalins me corrigió el recuerdo: "Y ella no comenzó en El Rocco sino con Los Tropicales". ¡Ah, esas noches de La Habana, en que el aire era un agua de Leteo en que se ahogaba la memoria!

Casalins cayó fulminado luego por un derrame cerebral en la misma Plaza del Sol, buscando un Madrid que nunca existió. *La Red* fue clausurada poco después que La Lupe dejara La Habana y la misma Lupe ha muerto. Cosa curiosa, René Jordán comió con ella y con la actriz Antonia Rey y su marido el teatrero Andrés Castro, sus mejores amigos, dos días antes de morir. La Lupe tenía a Jordán por su descubridor literario (le puso por él René a su hijo) y poco antes de irse de Cuba los Castro le habían dado a ella un homenaje



en su sala de Malecón y Paseo. La Lupe cantó a teatro lleno pero hizo un intermedio para cumplir su contrato con el cabaret. Bacardi sirvió mojitos y daiquiris y el público invadió la escena, reclamando, puro teatro, el regreso para siempre de la cantante a la que habían adoptado como la voz del futuro. Ocurrió cuando 1959 parecía el comienzo de una era y era sólo el fin de una década decadente que, como toda decadencia, hizo posible convertir la vida en arte. (En el caso de La Lupe en música para un fin de siglo.) La noche fue tan inolvidable que, para no olvidarla, tomé notas y cubalibres.

Hace un año que Guadalupe Victoria Yoli Raimond, nacida en el barrio de San Pedrito de Santiago de Cuba, murió en Nueva York. Hace un año que La Lupe alcanzó la inmortalidad y la leyenda, esa leyenda que quiere que Picasso viniera expresamente de París a ver los movimientos de una epilepsia para el baile, que Sartre y su carnal Simone de Beauvoir admiraran su busto, que Hemingway, ya con un pie en el estribo, declarara que su canto de cisne mulato era "the art of frenzy". Nada de esto ocurrió en la vida, por supuesto. Pero ocurrió en la leyenda y, ante la muerte, no hay que reducir la vida sino exaltar la leyenda. El cuerpo poseído por diversos diablos sucesivos no existe ya. Sólo queda la voz. Esa, espero, quedará para siempre. □